



Los políglotas



William Gerhardie

Traducción del inglés e introducción a cargo de
Martín Schifino



IMPEDIMENTA



Título original: *The polyglots*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2014

© William Gerhardie, 1925

Copyright de la traducción © Martín Schifino, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15979-34-0

Depósito Legal: M-26156-2014

IBIC: FC

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN



EL PREDECESOR SEMISECRETO

por *Martín Schifino*

William Gerhardie, como notó hace años Frank Kermode, es un autor rescatado periódicamente del casi-olvido, un semi-secreto que, desde que dejó de publicar novelas en los años treinta, reaparece con cada generación. En el mundo de habla inglesa, el rescate más reciente ocurrió en la última década de manera bastante azarosa. El puntapié inicial lo dio la pequeña editorial Prion a principios de los años 2000, al reeditar en su colección «lost treasures» las novelas *Doom* y *The Polyglots*, ambas prologadas por autores de renombre: William Boyd y Michael Holroyd, quien ya había roto una lanza por Gerhardie en los años setenta, presentando uno de los libros de memorias del autor. En los 2000, la prensa amplificó sus opiniones y las de Boyd, hubo buenas reseñas y se creó un tímido boca a oreja. Eso le valió a Gerhardie unos cuantos lectores entusiastas, pero además la voz siguió corriéndose entre editores, como demuestra el hecho de que, pocos años más tarde, Melville House y Faber & Faber, una de cada lado del Atlántico, se sumaran a la republicación de las novelas.

En Estados Unidos, la primera ha publicado solo las dos más célebres (*Futility* y *The Polyglots*), mientras que, en Gran Bretaña, Faber ha recuperado todos los libros de Gerhardie, e incluso la biografía del au-

tor escrita por Dido Davis, en la colección Faber Finds, o «hallazgos de Faber», lo que dice bastante sobre dónde se sigue situando al autor. Sería arriesgado afirmar que, esta vez, el rescate llegará a canonización, pero sin duda Gerhardie está en uno de sus mejores momentos. Si algo falta, es que la BBC adapte una de sus novelas, como lo hizo en la última década con obras algo olvidadas de Anthony Powell y Patrick Hamilton, cuya visibilidad aumentó de inmediato, dando lugar a reediciones y traducciones.

Pero la visibilidad no necesariamente tiene que ver con la calidad. Lo que más sorprende de Gerhardie no es la manera en que se lo rescata sino el hecho de que se lo olvide, en vista de la importancia que tuvo en su momento. Evelyn Waugh, un novelista con quien a menudo se lo compara, dijo: «Yo tengo talento, pero lo de él es genialidad». Según Graham Green, Gerhardie fue el novelista más importante para los autores jóvenes de su generación. Katherine Mansfield y Edith Wharton, que escribió un prefacio a *Futility*, eran admiradoras de su obra; y Olivia Manning directamente lo comparó con Gogol, asignándole un papel central en la literatura inglesa de principios del siglo xx. La comparación es aun más elocuente de lo que parece. Gerhardie fue un escritor inglés, por así decirlo, tirando a ruso, que no solo hablaba perfectamente el idioma de Gogol, sino que se había criado en la Rusia zarista, en el seno de una familia inglesa que había prosperado en la industria del algodón. Con la revolución la familia quedó en la ruina y, como la de Nabokov, se vio obligada a emigrar para dispersarse por Inglaterra y Austria. Gracias a su pasaporte británico, el joven Gerhardie participó además en la Primera Guerra como agregado militar en Petrogrado y Siberia.

Estas particularidades biográficas son la contracara de una obra muy particular, inusual por donde se la mire, aunque plenamente de su tiempo como es *Los políglotas*. De entrada, Gerhardie captura una época con la originalidad de quien vislumbra, o inventa, la intersección de dos tradiciones literarias muy distintas. La época es el periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial; las tradiciones, la literatura rusa de fines del siglo xix y la comedia inglesa.

(No por casualidad, Gerhardt escribió el primer libro en inglés sobre Chéjov y moldeó su estilo sobre el de Oscar Wilde.) Pero la cultura representada en el libro no se limita a esas dos vertientes. Como adelanta el título, los personajes son una mezcla de expresiones culturales: hay rusos descendientes de ingleses, belgas de ascendencia rusa y unos cuantos personajes secundarios de diversos países: Estados Unidos, Japón, Canadá, etc. El narrador, inolvidablemente bautizado George Hamlet Alexander Diabologh, es un joven anglo-ruso aspirante a escritor. Y buena parte de la novela transcurre en el este de Rusia.

A Rusia entramos desde Japón, cuando Diabologh, terminada la guerra, llega a Vladivostok para pasar una temporada con unos parientes belgo-rusos, que han escapado de la Primera Guerra emigrando al Lejano Oriente. Diabologh es parte de una delegación de oficiales británicos que cumplen misiones ridículas y de escasa importancia estratégica, como enviar 50 000 gorras a una división del ejército que se encuentra en la otra punta de Rusia. (Las gorras, que nunca aparecen, son uno de los chistes recurrentes del libro.) Hay un tenue argumento amoroso: Diabologh se compromete con su bellísima prima Sylvia, que en un momento rompe el compromiso por orden de su madre para aceptar un matrimonio más ventajoso. Y entretanto se suceden episodios menos centrales, pero de un valor simbólico equivalente, como son celebraciones, viajes por Rusia y por el extranjero, un suicidio y varias intrigas militares. Estas y otras peripecias se desdibujan en el transcurso de la novela, cuyo centro no es la trama o el suspense sino las descripciones caracterológicas de un elenco muy peculiar, que incluye depresivos, obsesivos, erotómanos, hipocondríacos, generales con delirios de grandeza y un sumo exponente del hombre fatuo, aunque no solo eso, en la persona de Diabologh.

Los personajes no son «redondos», no tienen una psicología que evoluciona; más bien están atrapados en sus repeticiones u obsesiones, que Gerhardt cristaliza dándole a cada uno un tic verbal característico. El tío Emmanuel dice ante cualquier problema o situación incómoda: *Que voulez-vous? C'est la vie!*; Sylvia habla en contra del sentimiento al ponerse sentimental; la tía Teresa se la pasa quejándose de

dolencias imaginarias; Diabologh dice siempre que es muy guapo y se pregunta cómo es que los demás no lo notan, etc. El resultado es que los personajes son a la vez cómicos y trágicos, porque aunque resulta cómico que se repitan, hay una tragedia oculta en su inmovilismo, que refleja la incapacidad para hallar sentido en un mundo arruinado por guerras y revoluciones. No hay grandes esperanzas para nadie. Nabokov caracterizaba a Chéjov como literatura triste para gente con sentido del humor. Lo mismo se diría de Gerhardie, con el agregado de que retrata la tristeza de manera muy divertida.

En ese sentido uno también reconoce la doble tradición en que se apoya. Los temas rusos del hombre superfluo, la resignación o el acto gratuito —tan presentes en Chéjov o Gonchárov— son esenciales en *Los políglotas*, pero se les da una vuelta muy inglesa. Y con esto no me refiero al carácter nacional o abstracciones similares, sino a la escritura misma: Gerhardie es adepto al diálogo veloz, casi vodevilésco, intercalado en una prosa acendrada, de oraciones breves y compactas, en la que conviven los aforismos y los efectos cómicos de repeticiones y retruécanos. Por ejemplo, en un momento alguien pregunta a Diabologh si sabe tocar el piano. Este contesta:

No me gusta decir que no, porque de niño tomé muchas lecciones. Pero nunca me molesté en aprender a leer música con suficiente habilidad. Por eso, me resulta incómodo que me inviten a tocar el piano en público. Y de nada sirve apelar a mi timidez, porque suelen tomarla por falsa modestia y se creen que, en realidad, me gusta que me lo pidan. En la universidad, estudié música como asignatura suplementaria. Pronto la abandoné; la verdad, nunca puse empeño en aprender los rudimentos técnicos de la materia y, al final, cuando decidí abandonarla, el profesor me dijo que podía hacerlo sin gran perjuicio para la música en su conjunto. Aun así, poseo un notable talento musical.

¿En qué quedamos? Es una especie de absurdo de la expresión, que afirma una cosa y su contrario y tiñe de absurdo el mundo retratado. Gerhardie ha sido muy influyente con esta prosa, que oculta, tras una

idea del estilo, una idea de la política o incluso una metafísica: no solo se la encuentra en Evelyn Waugh o Anthony Powell, sus estrictos contemporáneos, sino que también ha influido, a veces por carácter transitivo más que de manera directa, a escritores cómicos de generaciones posteriores como Muriel Spark, Martin Amis o Joseph Heller. Con independencia de la historia literaria, esto quiere decir que Gerhardie suena muy familiar para el lector de hoy en día. Pero la familiaridad es solo parte de su atractivo. Los grandes autores son los que siguen siendo novedosos incluso después de volverse familiares. Y entre esos pocos se encuentra Gerhardie.

MARTÍN SCHIFINO

Los políglotas

I

DESDE EL BUQUE QUE FLOTABA EN MEDIO DE LA CORRIENTE, contemplé Japón, mi tierra natal. Pero he de decirles ya mismo que no soy japonés. Soy de lo más europeo. Aun así, cuando desperté aquella mañana y, al mirar por el ojo de buey, descubrí el barco boyando en medio de la corriente y el Japón, un arrecife de coral, extendido delante de mis ojos y centelleando bajo el sol, me emocioné, quedé hechizado; y mis pensamientos se remontaron al día de mi nacimiento, veintiún años antes, en el país de las flores de cerezo. Me vestí de prisa y acudí corriendo a cubierta. Una brisa me desordenó el pelo y agitó el agua. Como un sueño, Japón se alzaba ante mí.

Había pasado la noche en vela esperando la aparición de la isla encantada. Como conchas marinas, los islotes habían empezado a surgir a izquierda y derecha, mientras mirábamos el horizonte sin preocuparnos del tiempo, como en trance. El buque avanzaba sigilosamente bajo la tibia brisa nocturna de julio. Las pequeñas islas se acercaban y pasaban de largo, y eran como extrañas visiones bajo la luz encantada;

arrullado, el barco parecía entregarse a sus sueños. Al despertar por la mañana, vi los acantilados: y mi corazón se llenó de alegría.

En Yokohama, mientras esperábamos a bordo a que nos condujeran al muelle, vimos a dos estatuillas que se hallaban de pie en mitad del camino, que al parecer llevaban sobre la cabeza unos objetos inconcebibles, cada una sosteniendo una sombrilla y abanicándose con delicadeza. Los colores de los abanicos y las sombrillas parecían demasiado espléndidos para ser reales.

2

Y NOS MECÍAMOS EN MEDIO DE LA CORRIENTE. Qué agradable y, en cierto modo, qué extraño. Apenas cuatro semanas antes habíamos zarpado de Inglaterra, cruzado el Atlántico en el Aquitania y, tras pasar apenas un día en Nueva York, atravesado a toda prisa los Estados Unidos hasta llegar a Vancouver. Sí, había esperado despierto la famosa «llegada a Nueva York», la «magnífica aproximación *in crescendo*» de la que hablaba la novela de H. G. Wells, y lo cierto es que Nueva York «se levantó del mar». El día era muy diáfano; el cielo estaba repleto de aeroplanos zumbones; transportes de tropas y grandes y pequeños barcos de guerra salían de los muelles, y acababan de cruzar por delante de nosotros cuando, con esplendor y majestad inefables, el Aquitania hizo su entrada en el puerto. La creciente afabilidad de los camareros nos había anunciado la llegada a Nueva York. Durante días, el Atlántico se había mostrado severo, desafiante; y los camareros, duros, indiferentes. Luego cambiaron como el tiempo. Aunque nos perdimos la famosa Estatua de la Libertad, completamos el elaborado control de pasaportes en el mismo salón del barco, donde declaramos en un formulario que en absoluto éramos anarquistas ni ateos ni creyentes en la bigamia y menos aún en llevar algún tipo de doble vida. El agente del Ministerio de De-

fensa que debía recibírnos en el puerto y gestionar nuestro traslado a Vancouver empezó a beber en cuanto subió a bordo —acababa de proclamarse la prohibición en los Estados Unidos— y no volvió a saberse de él.

Siguió una pequeña decepción. Tratándose de Nueva York, pensaba que nos aguardaría una especie de cochazo que, como una centella, nos llevara a nuestro hotel. En vez de ello, nos recogió una pesada berlina antigua, con un viejo cochero de nariz roja y un rocín entrado en años. Ambos parecían salidos de una novela de Dickens.

—Bueno, ¿cómo anda todo al otro lado del charco? —preguntó el hombre con entonación nasal, antes incluso de entrar a negociar la tarifa. Pero al instante la ilusión dickensiana estalló en mil pedazos. Me dejé llevar por las calles templadas y radiantes de Nueva York, y me embargó una sensación curiosa de admiración. Era como si me dijera: «¡Estoy en Norteamérica! ¡Estoy en Nueva York!». Hasta entonces, para mí los Estados Unidos no eran sino una idea inerte relacionada con el mapa del nuevo mundo. Ahora los imponentes edificios y las calles abarrotadas se hacían realidad. Y el aspecto estival de Broadway, con toda su novedad, su juventud y su brillo, abrevaba en la mismísima fuente de la vida.

A la mañana siguiente, mi acompañante, que se jactaba de conocer Nueva York como la palma de su mano, decidió enseñarme la quinta avenida; así que tomamos el metro y al salir nos descubrimos, luego de preguntar, en mitad de Brooklyn. Mientras el tren abandonaba los confines de la estación Pennsylvania, fuimos testigos de la primera muestra de la Alianza victoriosa. Un caballero japonés había ocupado la litera inferior del coche cama, para indignación de un ciudadano de los Estados Unidos, que insistía en que le cediera ese privilegio a él, puesto que era miembro de la superior raza blanca.

—¡Soy norteamericano! —explicaba—. Suba usted: arriba, arriba, ¿me entiende? ¡Soy norteamericano!

El caballero japonés no hablaba inglés o, muy sabiamente, fingió que no lo hablaba. Hizo una reverencia cortés, inspiró hondo, mostró los dientes y sonrió con toda la cara.

—¡Ja! Ahhh. ¿En selio? —preguntaba una y otra vez—. ¡Ja! Ahhh. ¿En selio?

—Soy norteamericano, maldita sea. Usted: ¡japo! Yo: ¡norteamericano! ¿Entiende?

—¡Ja! Ahhh. ¿En selio? —preguntaba el caballero japonés, haciendo una reverencia e inspirando hondo—. ¡Ja! Ahhh. ¿En selio?

Los dos parecían destinados a seguir así por los siglos de los siglos. Así que cogí un libro y me dormí.

Desperté sobresaltado. Mientras dormía, alguien me había propinado una fuerte palmada en la rodilla. Abrí los ojos y contemplé al ciudadano norteamericano que se había sentado a mi lado; después de examinar mi uniforme británico, dijo:

—Bueno, supongo que se alegrará de encontrarse en un país libre. Me froté los ojos.

—Nada de reyes ni de príncipes que lo metan a uno en la cárcel. Nada de curas ni de cortesanos que intriguen contra la libertad. ¡Ah, este es un país libre, amigo mío! Somos gente sencilla de mente pura. ¡Nuestra vida es una vida limpia, simple, sana y honrada! Ah, hay que ser norteamericano para entenderlo. —Hizo una pausa—. ¿Ve ese puente? —dijo—. Construirlo costó once millones de dólares; 2000 metros de largo, 33 de ancho, con una distancia de 446 metros entre los pilares; fabricado enteramente de acero; soporta dos vías de ferrocarril, cuatro carriles para trolebuses, dos para automóviles, dos sendas para ciclistas y dos para peatones. ¡Sí, le decimos la tierra de Dios!

Sin darme cuenta, mecido por su voz, volví a dormirme.

Me despertó otra palmada en la rodilla, tan vigorosa como la primera.

—Oiga, ¿cómo anda el armisticio? Supongo que nuestros muchachos estarán muy contentos. Ah, nuestros muchachos norteamericanos son lo mejor que hay. ¿Ha visto al general Pershing?

Hasta que una mañana levanté la persiana y vi la bandera del Reino Unido flameando sobre la estación. Habíamos llegado a Canadá.

3

Y AHORA, PARA SU MUTUO ASOMBRO, el ciudadano norteamericano y el caballero japonés, que nos habían seguido hasta Yokohama, se habían puesto el uniforme. Resultó ser que uno de ellos era el coronel Ishibaiashi, del Estado Mayor Imperial, y el otro el teniente Philip Brown, del Servicio Naval de Inteligencia de los EE. UU. Este último, con el permanente disimulo de los hombres del Servicio Secreto, había sentido que le convenía ir de paisano, pero, al ver a su otrora enemigo envuelto en el glamur del uniforme, se ve que no pudo aguantar más. Allí estaba, un poco apartado de nosotros, silbando entre dientes: «Johnnie, ve a por un revólver, ve a por un revólver; y ve a matar al alemán, al alemán, al alemán...». Luego se acercó al coronel y le dio una alegre palmada en el hombro.

—Hola, coronel, me alegra verlo tan bien vestido. Todo este tiempo creí que era un jodido espía, ¿sabe?

El coronel Ishibaiashi enseñó los dientes e inspiró hondo:

—Ahhh... ¡Ja! —dijo—. ¡Ja! —Y de nuevo—: ¡Ja!

Se habían reconciliado por completo.

—Nos estamos arrimando al muelle —dijo mi compañero. Y en efecto, por fin nos movíamos. Nos estábamos arrimando. Todas las miradas se volvieron hacia la costa. En el muelle, un sombrero de latón con una banda roja, tal vez un asistente del agregado militar británico. Una veintena de nipones con sombreros rojos y espadas de lata. Por fin nos estábamos arrimando. El oscuro espacio de agua que nos separaba del embarcadero se estrechaba cada vez más. La pasarela. Vuelan rollos de cuerda hacia el muelle. ¡La pasarela! Al cabo de un rato nos movemos: todos nos movemos como una sola persona hacia la pasarela. Luego la sensación de la barandilla de la pasarela mientras uno se aferra a ella —sería un puro absurdo resbalar en ese punto— y allá que nos plantamos de nuevo en tierra firme. ¿Qué más da que esa tierra sea Japón?

Al principio avanzamos junto al muelle, hasta que tomamos por las extrañas, angostas y pestilentes calles de Yokohama. Ir sentado con sombrero y bastón en un *ricksshaw* tirado por un hombre, y olisquear la atmósfera de un lugar extraño, ah, ¡qué placer tan insólito y exquisito! «Esto es Japón», me dije. Y lo era. Claro, que si me hubiera criado en Japón, si hubiera ido a la escuela y vivido allí los últimos veinte años, me resultaría más o menos tan interesante como Manchester. El sueño es más real que la materia. Por ello, cuando viajo por un país extranjero, al bajar en una estación olfateo la «atmósfera» y solo entonces me subo de vuelta al tren. Con eso alcanza. Ahora, en Yokohama, sentí de inmediato que había «capturado» la atmósfera de la ciudad. Y vaya si lo había hecho. Reclinado en el asiento del *ricksshaw*, me dio la sensación de ser demasiado pesado para aquel delicado juguete, mientras veía al hombrecillo, que tenía la mitad de mi tamaño, seguir adelante incansable, con la camisa abierta que dejaba ver la transpiración conforme recorría kilómetro tras kilómetro a un trote uniforme. Pronto me acostumbré al traqueteo. Una o dos veces equivocamos el camino, y cuando pedimos indicaciones en inglés los japoneses nos contestaron invariablemente: «¡Ja!», enseñaron los dientes, inspiraron hondo, hicieron una reverencia y se alejaron.

—¡Hey! —gritaba mi compañero.

—Yo tenía entendido que los japoneses hablaban todos inglés... —observé.

—Pues si lo hacen son los únicos que son capaces de entenderse —me respondió con sorna.

No, a mi compañero no le gustaba Japón. Una nación de pacotilla, así la llamaba él. Había estado malo, tenía problemas de digestión y no podía permitirse caer enfermo con el calor que hacía. Había intentado llamar a Tokio por teléfono y el tipo al otro lado lo había interrumpido con un absurdo «¿*Mashi, mashi?*». Así que no había entendido nada, y había gritado: «¡Joder!» al auricular.

Pero, de hecho, ya nos dirigíamos a Tokio. El tren atravesaba a toda velocidad prados verdes y tierras de pastoreo que podrían haber pertenecido a Inglaterra o a cualquier otro sitio del mundo.

Y, ¡miren allí!, un hombre con un kimono leyendo un periódico imposible. Todo transcurría como en un sueño, y, en cuanto a la inminente visita que estaba a punto de realizar a unos parientes, a quienes ni siquiera conocía en persona, también parecía como si vivieran en una tierra de ensueños, un lugar tan raro y tan foráneo que lo mismo hubiese podido hallarme en Marte. Iba muy quieto, con los ojos fijos en el paisaje relampagueante —la locomotora pitaba, el tren aceleraba— mientras mis ideas se aceleraban aún más, lanzando incalculables fogonazos de tormento y de placer. Pensé en mi tía, en mi preciosa prima, a la que vería por primera vez. Me aparearía en Tokio y luego, qué extraño, ¡cuántas cosas insospechadas hallaría!

4

ME PREGUNTABA CÓMO SERÍA EN REALIDAD MI TÍA. Había oído tantas cosas acerca de ella que sentía una extraña curiosidad por verla por fin en carne y hueso. Me sonreía de gozo de solo pensar en su debilucho consorte de bigote laqueado, a quien recordaba con nitidez de una fotografía desvaída que me habían enseñado, en la que aparecía vestido con el uniforme belga y una fila de medallas prendidas en el pecho militar. Siempre habían vivido en Dixmude, pues mi tío era *commandant* belga. Durante lo que se conoce como la Gran Guerra, sin embargo, en el año del Señor de 1914, mi tía había declarado que Bélgica —de hecho, Europa entera— le parecía un sitio poco idóneo para vivir, así que había agarrado a su marido y a su hija, y habían huido todos al Lejano Oriente. Eligieron el Lejano Oriente, creo yo, porque se hallaba lejos de su país, o al menos tan lejos como era concebible sin terminar dando la vuelta entera a nuestro redondo planeta. Me dirán, desde luego, que va en contra de todo precedente militar el permitir que los oficiales abandonen su país en medio de